

ES HORA DE QUE LA COMUNIDAD CIENTÍFICA ADMITA QUE ESTÁBAMOS EQUIVOCADOS ACERCA DE COVID Y QUE CUESTA VIDAS | Opinión

KEVIN BASS, ESTUDIANTE DE MS MD / PHD, ESCUELA DE MEDICINA
EL 30/01/23 A LAS 8:00 A.M.EST

Como estudiante e investigador médico, apoyé firmemente los esfuerzos de las autoridades de salud pública cuando se trataba de COVID-19. Creía que las autoridades respondieron a la mayor crisis de salud pública de nuestras vidas con compasión, diligencia y experiencia científica. Estaba con ellos cuando pidieron bloqueos, vacunas y refuerzos.

Estaba equivocado. Nosotros en la comunidad científica estaban equivocados. Y costó vidas.

Ahora puedo ver que la comunidad científica de CDC a la OMS a la FDA y sus representantes, exageraron repetidamente la evidencia y engañaron al público sobre sus propios puntos de vista y políticas, incluyendo en natural vs. inmunidad artificial, cierres escolares y transmisión de enfermedades, propagación de aerosol, mandatos de máscara, y efectividad de la vacuna y seguridad, especialmente entre los jóvenes. Todos estos fueron errores científicos en el momento, no en retrospectiva. Sorprendentemente, algunas de estas ofuscaciones continúan hasta nuestros días.

Pero quizás más importante que cualquier error individual fue cuán inherentemente defectuoso fue el enfoque general de la comunidad científica y sigue siendo. Fue defectuoso de una manera que minó su eficacia y resultó en miles, sino millones, de muertes prevenibles.

Lo que no apreciamos adecuadamente es que las preferencias determinan cómo se usa la experiencia científica y que nuestras preferencias podrían ser — de hecho, nuestras preferencias fueron— muy diferente de muchas de las personas a las que servimos. Creamos políticas basadas en nuestras preferencias, luego lo justificaron usando datos. Y luego retratamos a aquellos que se oponen a nuestros esfuerzos como equivocados, ignorantes, egoístas y malvados.

Hicimos de la ciencia un deporte de equipo y, al hacerlo, ya no lo hicimos ciencia. Se convirtió en nosotros contra ellos, y "ellos" respondieron de la única manera que alguien podría esperar que lo hicieran: resistiéndose.

Excluimos a partes importantes de la población del desarrollo de políticas y criticamos, lo que significaba que desplegamos una respuesta monolítica en una nación excepcionalmente diversa, forjamos una sociedad más fracturada que nunca, y exacerbó la salud de larga data y las disparidades económicas.

Nuestra respuesta emocional y nuestro partidismo arraigado nos impidieron ver el impacto total de nuestras acciones en las personas a las que se supone que debemos servir. Minimizamos sistemáticamente las desventajas de las intervenciones que impusimos — impuestas sin el aporte, el consentimiento y el reconocimiento de aquellos obligados a vivir con ellos. Al hacerlo, violamos la autonomía de aquellos que se verían más afectados negativamente por nuestras políticas: los pobres, la clase trabajadora, los propietarios de pequeñas empresas, los negros y los latinos y los niños. Estas poblaciones fueron pasadas por alto porque se hicieron invisibles para nosotros por su exclusión sistemática de la máquina de medios dominante y corporativa que presumía omnisciencia.

La mayoría de nosotros no hablamos en apoyo de puntos de vista alternativos, y muchos de nosotros tratamos de suprimirlos. Cuando fuertes voces científicas como los profesores de Stanford de renombre mundial John Ioannidis, Jay Bhattacharya y Atlas Scott, o Universidad de California Los profesores de San Francisco, Vinay Prasad y Monica Gandhi, dieron la alarma en nombre de las comunidades vulnerables, se enfrentaron a una severa censura por parte de incesantes multitudes de críticos y detractores en la comunidad científica — a menudo no sobre la base de los hechos, sino únicamente sobre la base de las diferencias en la opinión científica.

Cuando el ex presidente Trump señaló las desventajas de la intervención, fue despedido públicamente como un bufón. Y cuando el Dr. Antony Fauci se opuso a Trump y se convirtió en el héroe de la comunidad de salud pública, le dimos nuestro apoyo para hacer y decir lo que quería, incluso cuando estaba equivocado.

Trump no era remotamente perfecto, ni tampoco los críticos académicos de la política de consenso. Pero el desprecio que les dimos fue un desastre para la confianza pública en la respuesta pandémica. Nuestro enfoque alejó a grandes segmentos de la población de lo que debería haber sido un proyecto nacional y colaborativo.

Y pagamos el precio. La ira de los marginados por la clase experta explotó y dominó las redes sociales. Al carecer del léxico científico para expresar su desacuerdo, muchos disidentes recurrieron a teorías de conspiración y a una industria artesanal de contorsionistas científicos para presentar su caso contra el consenso de la clase de expertos que dominaba la pandemia dominante. Etiquetando este discurso como "desinformación" y culpándolo de "analfabetismo científico" e "ignorancia", el gobierno conspiró con Big Tech para suprimirlo agresivamente, borrando las preocupaciones políticas válidas de los opositores del gobierno.

Y esto a pesar del hecho de que la política pandémica fue creada por una delgada y deslumbrante parte de la sociedad estadounidense que se ungió para presidir a los miembros de la clase trabajadora — de la academia, el gobierno, la medicina, el periodismo, tecnología y salud pública, altamente educados y privilegiados. Desde la comodidad de su privilegio, esta élite valora el paternalismo, a diferencia de los estadounidenses promedio que elogian la autosuficiencia y cuya vida cotidiana exige rutinariamente que consideren el riesgo. Que muchos de nuestros líderes no consideraron la experiencia vivida de aquellos en la división de clases es desmesurado.

Incomprensible para nosotros debido a esta división de clases, juzgamos severamente a los críticos de bloqueo, como perezosos, atrasados e incluso malvados. Descartamos como "estafadores" a quienes representaban sus intereses. Creíamos que la "desinformación" energizaba a los ignorantes, y nos negamos a aceptar que esas personas simplemente tenían una diferencia, válido punto de vista.

Elaboramos políticas para las personas sin consultarlas. Si nuestros funcionarios de salud pública hubieran liderado con menos arrogancia, el curso de la pandemia en los Estados Unidos podría haber tenido un resultado muy diferente, con muchas menos vidas perdidas.

En cambio, hemos sido testigos de una pérdida masiva y continua de vidas en Estados Unidos debido a la desconfianza de las vacunas y el sistema de salud; una concentración masiva en riqueza por las élites ya ricas; un aumento de suicidios y violencia armada especialmente entre los pobres; casi duplicando la tasa de depresión y trastornos de ansiedad, especialmente entre los jóvenes; una pérdida catastrófica de logros educativos entre niños ya desfavorecidos; y entre los más vulnerables, una pérdida masiva de confianza en la atención médica, ciencia, autoridades científicas, y líderes políticos en general.

Mi motivación para escribir esto es simple: para mí está claro que para que se restablezca la confianza pública en la ciencia, los científicos deben discutir públicamente qué salió bien y qué salió mal durante la pandemia, y donde podríamos haberlo hecho mejor.

Está bien estar equivocado y admitir dónde estaba uno equivocado y qué aprendió. Esa es una parte central de la forma en que funciona la ciencia. Sin embargo, me temo que muchos están demasiado arraigados en el pensamiento grupal — y tienen demasiado miedo de asumir públicamente la responsabilidad — para hacer esto.

Resolver estos problemas a largo plazo requiere un mayor compromiso con el pluralismo y la tolerancia en nuestras instituciones, incluida la inclusión de voces críticas aunque impopulares.

El elitismo intelectual, el credencialismo y el clasismo deben terminar. Restaurar la confianza en la salud pública — y nuestra democracia — depende de ello.

Kevin Bass es un estudiante de doctorado / doctorado en una escuela de medicina en Texas. Él está en su séptimo año.